

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, llamado ya, en un cierto sentido, el «Catecismo del Vaticano II», que el Papa ofrece a toda la Iglesia como texto de referencia para una catequesis renovada en las fuentes vivas de la fe (Const. Apost. *Fidei Depositum*, 1)

ANA OFELIA FERNANDEZ

Ana Ofelia Fernández, s. Argentina. Miembro de la Asociación de Vírgenes Consagradas SERVIDORAS. Profesora de Historia (Buenos Aires, Argentina) y Licenciada en Historia Eclesiástica por la Universidad Gregoriana (Roma). Ha realizado actividades de docencia, asesoramiento e investigación, especialmente sobre Historia de la Iglesia en latinoamérica.

En Asís para invocar la paz

José María Sabín

«**D**ICHOSOS los constructores de la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios» (*Mt 5, 9*). Bien puede sentirse Juan Pablo II dichoso, pues con la única arma de la oración y de los «gestos» sorprendentes, pero extremadamente sencillos, batalla como ningún otro ser humano contemporáneo suyo, por levantar sobre bases sólidas, morales y religiosas, el edificio de una paz duradera para la humanidad. Uno de esos gestos, único en el recuerdo de los hombres, tuvo lugar el 27 de octubre de 1986, en Asís. Se le llamó «Primer encuentro interreligioso en favor de la paz». En la mente del Pontífice la paz pasaba, en esos tiempos, por la necesaria ruptura de la política de bloques. Y en 1989, tres años después, cayó el muro de Berlín, se desmoronó el imperio soviético y la división del mundo en dos bloques antagónicos se convirtió en historia del pasado. Los franciscanos no han perdido la ocasión y han titulado una colección de fotografías y de textos del primer encuentro *Asís-Pax mundi*. Sí, la desaparición de los bloques ha abierto una puerta, o al menos una aspillera, a la paz mundial, una aspiración y una conquista más que una real posesión.

Algo más de seis años después, el Papa ha convocado, sorprendentemente, un segundo encuentro en favor de la paz de Europa y particularmente de los países balcánicos. ¿Lugar del encuentro? La misma ciudad de Asís, recoleta y mística, donde no rige otra política sino la de la plegaria, la penitencia y el

amor bajo los auspicios y el testimonio del *poverello*. Los días 9 y 10 de enero se reunieron con el Santo Padre en la ciudad seráfica representantes de los judíos, ortodoxos, musulmanes y cristianos, provenientes de los países en conflicto. Hicieron penitencia, rezaron, levantaron su grito de esperanza, su anhelo de paz al Señor de la historia, pero también a los gobernantes de las naciones y a los rectores de los destinos de los pueblos, a fin de que la paz sea una realidad para los que nacen y viven en el hoy de Europa. Una paz de la que Europa, como continente y como conjunto de naciones, está todavía tan distante...

Muchas son las historias y las cifras que en estos días ha reportado la prensa internacional en cualquier rincón del mundo. Me llamó la atención la entrevista a una adolescente de 13 años. Contaba: «Hasta hace dos años éramos amigos, frecuentábamos la misma escuela. Yo, que soy católica, los invitaba en Navidad, el 25 de diciembre, a las celebraciones familiares. Ellos, que son ortodoxos, me invitaban el 6 de enero, cuando en la Iglesia ortodoxa se celebra la Navidad, a festejar juntos la venida del Rey de la Paz... Hoy, si volviera a ver a mis antiguos compañeros de clase, los mataría». ¿Qué ha sucedido en unos cuantos meses? El odio ha hecho presa en los corazones, incluso por encima de los valores religiosos, y ha despertado los instintos más egoístas de opresión y de muerte.

¿Y las cifras? Son escalofriantes, inhumanas. Doseientos mil musulmanes exterminados, cien mil en campos de concentración, treintaicinco mil mujeres violadas, seiscientas mezquitas destruidas, testimoniaba el ulema de Sarajevo, profundamente perturbado por el horrendo apocalipsis. Números muy cercanos a éstos podrían repetir los dirigentes de los ortodoxos y de los católicos en Croacia, Eslovenia y Bosnia-Erzegovina. El negro fantasma de la destrucción y de la muerte revolotea, horrendo y nefasto, sobre las repúblicas de la antigua Yugoslavia.

El Papa, junto con los jefes de otras Iglesias cristianas y de religiones no cristianas, ha querido, en la velada litúrgica del sábado 9 de enero, hacer oír su voz clara y contundente para promover una solución pacífica del conflicto entre las diversas regiones de la Yugoslavia. Ha elevado un clamor dolorido ante el genocidio tan patente que se está llevando a cabo sin piedad y de modo cruel y a veces salvaje. Ha sido notorio para todos los que tienen mirada limpia y objetiva el deseo del Papa no sólo de informar con principios generales las conciencias de los hombres, sino de reclamar a la conciencia de

Europa y del mundo la necesidad de intervenir de inmediato para evitar más derramamiento de sangre inocente y fraterna. Por el momento, desgraciadamente, no parecen vislumbrarse compromisos serios de solución por las partes contendientes. Pero la paz mantiene alzado su vuelo de esperanza.

Entre la realidad y la esperanza, la oración. La oración que es el recurso más eficaz del creyente y que envuelve a la persona entera. Por eso, el Papa quiso expresamente que este encuentro en Asís fuera un «apartarse a orar», ayunando en penitencia, disponiendo el espíritu para que el gesto sincero de cuantos a él se unieran en oración no pudiese ser desatendido en el cielo. Orar pidiendo la gracia de la paz, del amor que resane los odios, que cicatrice las heridas abiertas por las armas y por los corazones duros e intransigentes. Orar para que «la luz del Señor deshaga la lógica aberrante de la violencia». Orar por todos, sin distinciones ni partidismos. Orar con constancia, convencidos de que Asís es un punto de arranque y de que quizá quede mucho camino que andar...

Oración ante todo católica. Estaban presentes los presidentes de todas las Conferencias Episcopales Europeas. Acudieron a la cita igualmente muchos miembros de órdenes y congregaciones religiosas, muchos laicos, sobre todo jóvenes. En Roma, la diócesis del Papa, en Italia; en las diversas naciones de Europa, millones de católicos se unieron al Papa y a sus obispos para pedir la paz, para obtener del corazón de Cristo la reconciliación entre los pueblos, el fin de la violencia y de las hostilidades, la consecución de un acuerdo duradero y digno, justo y respetuoso de los demás pueblos y de las diferencias étnicas y religiosas.

Oración cristiana y universal. En Asís se hallaron representantes de las Iglesias Anglicana, Metodista, Luterana, Veterocatólica y de la Federación de las Iglesias Protestantes. De parte de los ortodoxos, estaba presente un representante del Patriarcado de Rumanía; había varios delegados de los Centros Islámicos Europeos y, por parte judía, el gran rabino de Jerusalén. Señalación especial merecen las dos delegaciones interreligiosas de los territorios en guerra, un verdadero signo de comunión y de esperanza en el próximo futuro. La delegación de Mostar encabezada por el obispo católico, el imán musulmán y el presidente de la comunidad hebrea. Y la delegación de Skopje, guiada por el obispo católico, el arcipreste ortodoxo y varios representantes musulmanes. Algunos invitados no acudieron a la cita de

Asís, pero hemos de pensar que también ellos, desde el lugar donde se hallasen, pensaron en Asís, oraron, ayunaron, suplicaron a Dios la paz para sus naciones, para sus fieles.

Una oración diferenciada. Cada delegación se reunió en un lugar diferente y elevó a Dios su plegaria según su propia tradición religiosa. Oración diferenciada, pero unida por la elevación del corazón hacia Dios y por el objeto único de la súplica de todos: la paz, la paz verdadera que el mundo no puede dar, la paz de Cristo que sobrepasa las razones históricas, las fronteras de la raza, las guerras de religión y cualquier otra causa posible de división y discordia. La Paz conquistada con sangre inocente una tarde de primavera sobre el Gólgota, va a hacer dos mil años.

El Santo Padre, en cuanto anfitrión y sobre todo en cuanto «dulce Cristo en la tierra», dirigió el encuentro. Un Papa con la tristeza y el agobio dibujados en su rostro. Un Papa que invitaba a todos a tomar conciencia de la realidad de la guerra, «misterio de sufrimiento y de muerte», «aventura sin retorno». Un Papa que llamaba a tomar una postura decidida: «ante esta tragedia no se puede ser indiferentes, no se puede dormir» y a empuñar las armas del creyente: «no somos ni fuertes ni potentes, la oración es nuestra arma». ¿Vencerán las armas del ayuno y la oración al poder de los lanzamisiles y de las ametralladoras? Como creyentes, no podemos dudar. Los miles de jóvenes, presentes en Asís, marchando en procesión con antorchas encendidas en las manos, simbolizaban el espíritu que anima a las nuevas generaciones. Un espíritu en que la luz de la justicia, de la paz, de la armonía entre los pueblos reine de verdad en Yugoslavia, en Europa, sobre toda la tierra.

La mañana del domingo, 10 de enero, el Santo Padre presidió la celebración eucarística en la basílica de San Francisco. No podía terminar de otra manera un acto de oración y de culto cristianos. En torno al Papa, ocupando el coro, hubo más de cien concelebrantes de Europa y de otros Continentes. En el presbiterio los representantes de otras Iglesias y comunidades cristianas, los delegados de los hermanos musulmanes. En puestos reservados, el presidente de Italia y los presidentes del senado y del parlamento italiano. En el amplio recinto basilical, fieles católicos, cristianos, musulmanes y judíos. La humanidad en pequeño, en miniatura, a la busca de un nuevo orden mundial, al encuentro de la hermandad universal, fundada en el derecho, en los valores morales, en el bien común, en Dios Creador y Señor de la historia, en Cristo Redentor del hombre.

La homilía del Papa pareció ser un coloquio verdadero con los hombres, pero sobre todo con Dios. Comenzó con una oración, tomada de las laudes de adviento: «Señor, abate el muro del odio que divide las naciones, haz llanos los caminos de la concordia entre los hombres». Luego, partiendo del evangelio del día, el bautismo de Jesús, dirigió su palabra a los hombres: «Hemos venido aquí cargando en la conciencia los grandes pecados de nuestro tiempo, de nuestro continente. La guerra en los Balcanes constituye un particular cúmulo de pecados. Seres humanos usan instrumentos de destrucción para matar y exterminar a sus semejantes. ¡Qué terribles experiencias de guerra, particularmente en Europa, ha conocido el siglo XX! Ha sido un siglo marcado por el odio y por el profundo desprecio de la humanidad. Odio y desprecio que no renunciaban a ningún medio y método para aniquilar y exterminar al otro. Se ha violado el precepto divino del amor muchas veces y en formas variadas, hasta llegar a preguntarse con temor si el hombre europeo estaría capacitado para salir de ese abismo al que una loca pasión de poder y de dominio lo ha arrojado... Una experiencia tan trágica parece en cierta manera renacer en estos últimos años. Esa experiencia continúa extendiéndose por la Península Balcánica». Al término del discurso volvió el Papa a levantar su plegaria al Dios de la Paz: «Endereza los caminos de los hombres, para que sepan de nuevo vivir juntos como vecinos, como hermanos y hermanas, 'hijos del Padre en el Hijo Unigénito' (cfr. Ef 1, 4-5). En Cristo Jesús nuestra auténtica paz».

Como conclusión del rito sacro, Juan Pablo II entregó a once obispos de las Iglesias de los Balcanes un cirio pascual. El gesto profético fue acompañado con expresiones conmovedoras: «Hacemos voto e imploramos al Dios de nuestros padres que la Santa Pascua pueda ser celebrada en vuestras Iglesias con el gozo de la paz reencontrada y restablecida... La «hora» de las tinieblas se convierta en «hora» de la Resurrección... y se transforme en aurora de paz que no conoce ocaso». Los once obispos, visiblemente impactados y conmovidos por el gesto, recibieron el cirio de manos del Santo Padre con agradecimiento y con la mente en las comunidades de fieles que sufren hambre, vejaciones, heridas de muerte, pero que siguen creyendo y confiando en el Dios de la Paz y en la buena voluntad de los hombres.

Después de Asís no se puede dormir en el letargo inconsciente de la indiferencia o de la despreocupación. Asís más que una meta ha sido una rampa de lanzamiento, el primer paso de un largo camino con «estaciones»

de oración junto a otras «estaciones» atroces del viacrucis de Europa. Desde Asís la peregrinación interior de todos debe continuar. Peregrinación hacia la paz en medio de las fatigas diarias frente a quienes prefieren los senderos minados de la guerra. Peregrinación hacia una mentalidad nueva, nacida y crecida en la cotidianidad de la vida; mentalidad que desarme primeramente los espíritus para desarmar después las manos de los hombres.

JOSÉ MARÍA SABÍN

El caso Drewermann

Antonio Izquierdo

El hombre

Eugen Drewermann ha comenzado a convertirse en «caso», como Hans Küng, Edward Schillebeeckx, Leonardo Boff, John Curran, Jacques Pohier y otros. Un caso que, al igual que los demás, provoca admiración y escándalo, aquiescencia y rechazo. ¿Quién es este «caso» que desde años ha dado que hablar a la prensa alemana y cuyo nombre recientemente ha comenzado a aparecer en la europea?

Hasta hace dos años Drewermann era catedrático ordinario de teología sistemática e historia de las religiones en la *Philosophisch-Theologische Akademie* (seminario universitario) de Paderborn. En 1991 el obispo de la diócesis le prohibió enseñar en el seminario y predicar en la Iglesia. El interesado ha obedecido a medias: imparte cursos en la universidad pública y todos los sábados «predica» a la salida de su parroquia. El obispo tenía buenas razones para llegar a tal decisión: los grandes misterios del cristianismo como la encarnación del Verbo, la virginidad de María, la resurrección y ascensión de Jesús al cielo, etcétera, no son para Drewermann sino símbolos poéticos, historizados por la Iglesia, comunes a todas las religiones y que hay que interpretar precisamente como lo que son, como mitos con un poder evocativo y una carga humana extraordinarios.